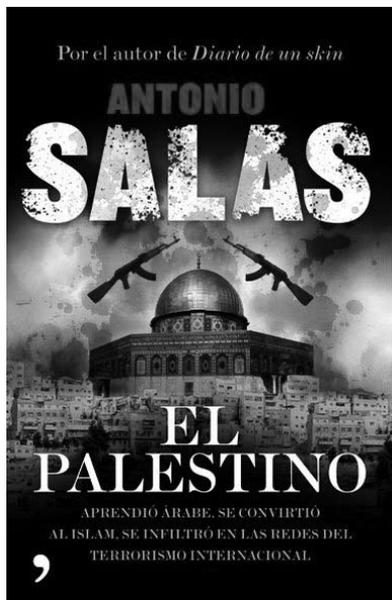


Libros

Buscando terroristas

Luis Carlos Díaz*



El palestino

Antonio Salas

Ediciones Planeta, Madrid, 2010

670 páginas

Firma como Antonio Salas pero no lo es. Tampoco es Muhammad Abdallah, quien pasó algunos años en Venezuela trabajando para Ilich Ramírez (*El Chacal*), medios alternativos y colaborando de cerca con grupos armados que apoyan la revolución de Hugo Chávez. Él no era real pero se les coló. Antonio Salas es el seudónimo que utiliza un periodista español experto en infiltraciones y miembro de un movimiento contra la intolerancia. Es una suerte de enmascarado que con herramientas del periodismo más arriesgado y profesional (cámaras ocultas, declaraciones de primera mano) ha logrado golpear redes criminales.

Hace unos diez años se rapó el pelo, cultivó una identidad digital y participó en las reuniones y movilizaciones de los grupos neonazis en España. Después de un par de años de encubrimiento pudo escribir y publicar el libro *Diario de un skin*, que ha venido a parar en un macrojuicio contra quince miembros de Hammerskin España, un grupo que fomentaba el odio racial.

Después, Salas se metió un largo rato en redes de prostitución y tráfico de mujeres en la península ibérica. Como con casi todo en la actualidad, las redes resultan globales, y tras escribir *El año que trafiqué con mujeres* (2004), se pudieron desarticular algunos carteles de explotación femenina de Europa del este, África y América Latina que operaban en ciudades de España. Ni el nazismo ni la prostitución se han acabado, pero al menos la sociedad ha ganado alguna partida, mientras que la divulgación de los libros ha servido para que algunos chicos y chicas decidan salirse de (o no entrar a) esos submundos. Por eso Antonio Salas usa seudónimo y permanece en el anonimato: más de uno quisiera verlo muerto.

Cuando explotaron las bombas en la estación de trenes de

Atocha, en Madrid, decidió que el fundamentalismo islámico sería su siguiente trabajo. Por eso decidió aprender árabe, hacerse musulmán, visitar enclaves de las distintas resistencias en Medio Oriente y establecer su coartada como palestino nacido en Venezuela, al servicio de la lucha del pueblo que sigue siendo sometido por Israel. De esa forma hizo contacto con redes árabes consideradas terroristas, como Hezbolá, y vino a parar a Caracas para comprobar las acciones de ETA, las FARC, el movimiento Tupamaro, entre otros.

Lo que encontró y narra Salas es para analizarlo con bisturí y paciencia. Por un lado desmonta algunos mitos que se construyeron en medios para afectar la imagen del presidente Chávez, y por el otro le da una dimensión *desde adentro* a otras aristas del terrorismo que permiten evaluar mejor la perspectiva actual de la violencia global. Para Salas “un terrorista es un idiota que sólo tendrá dos finales posibles; la cárcel o la tumba. No hay más futuro. No existe un solo terrorista que haya conseguido cambiar nada a través de la lucha armada, y todos están muertos o en prisión”. Allí anda, sin medias tintas, igual para calificar de *culebrón* el apoyo gubernamental a etarras que entraron al país con el gobierno de Pérez, de *bluff* la presencia de un Hezbolá-Venezuela o ciertas vinculaciones con grupos armados irregulares que colaboran, supuestamente, bajo conocimiento del Gobierno nacional.

Salas se desligó de la investigación cuando sus *camaradas* en Caracas empezaron a caer abaleados con la lógica venezolana de la violencia como pandemia. Obviamente ya no colabora como *webmaster* de *El Chacal* ni tampoco se dará otro paseo por Venezuela en un rato. Si el libro llega al país, veremos quiénes reaccionan.

* Miembro del Consejo de Redacción de SIC.